

La desaparición contemporánea del espacio público

The contemporary disappearance of public space

Arturo Frediani Sarfati ¹

¹ Centre de Recerca Urbana del Camp (CRUC). ETSAR/URV. frediani@coac.net

Lara Alcaina Pozo ²

² ETSAR/URV. lara.alcaina@urv.cat

Palabras clave: Espacio público, Urbanismo orgánico, Urbanismo oligárquico, Urbanismo delegado, Interacción social

Resumen:

Las interacciones sociales se encuentran indudablemente entre las fuerzas que modelan y actualizan la forma urbana. Podríamos dividir dichos procesos de cambio formal en tres subgrupos arquetípicos dependiendo de la naturaleza de las relaciones de poder de los habitantes, ya fueran competitivas entre iguales, extractivas o colaborativas. La ciudad orgánica surge, así, de los procesos de interacción de una comunidad sin un poder central fuerte, o sin influencia formal más allá de los centros de decisión. La ciudad oligárquica es un artefacto planificado y ejecutado conforme a los intereses y la capacidad de dicho poder central. Finalmente, la ciudad delegada es la urbe en rápido crecimiento típica de las sociedades modernas e industrializadas.

Lo sepamos o no, estamos experimentando un periodo de rápida concentración de poder. Los nuevos oligarcas no sólo tienen una considerable capacidad para condicionar la evolución de la forma urbana, sino también para pastorear el comportamiento humano a través de las redes y los medios. Todo ello nos aboca a un nuevo tipo urbano en el que el espacio público procomún, es decir, el escenario físico de las interacciones sociales pierde peso y cualidades respecto a cualquiera de los arquetipos citados.

Key words: Public Space, Organic Urbanism, Oligarchic Urbanism, Delegate Urbanism, Social interaction

Abstract:

Social interactions can undoubtedly be counted among the main modelling urban forces. Urban processes can be divided into three archetypal categories according to the nature of their power balance, whether they be competitive among equals, extractive, or collaborative. The organic city emerges from the interaction processes of a community that lacks a strong central power or whose formal influence beyond its immediate surrounding is weak. The oligarchic city is a planned artifact following the interests and abilities of a centralised power. Finally, the delegate city is the fast growing urban fabric of the modern and industrialised societies.

Whether we know it or not, we are now experiencing a period of fast concentration of power. The new oligarchs not only enjoy a considerable capacity to condition the evolution of the urban form, but also to graze human behaviour through the web and the media. We are drifting towards a new urban type where public space, considered as the embodied arena of social interactions, loses weight and attributes in relation to any of the three above cited models.

1. Introducción

Los humanos somos un animal social que apenas lleva 10.000 años viviendo en ciudades; unas 500 generaciones. La gran diferencia entre nuestro modo de vida anterior y el urbano fue básicamente que comenzamos a convivir con desconocidos. Las ciudades, se podría decir, son los primeros paisajes en los que dichos desconocidos cohabitan.

Tanto antes como después de la aparición de las ciudades hemos necesitado de lugares de encuentro para realizar nuestra sociabilidad, es decir, hemos frecuentado determinados enclaves para sintonizar y ajustar nuestros intereses con los de los demás, para intercambiar ideas y bienes, para sellar nuestras alianzas, dirimir nuestras diferencias y celebrar nuestros logros conjuntos. Lugares, por otro lado, en los que la identidad común ha tomado una forma concreta y reconocible. Las ciudades pusieron a convivir no sólo a los desconocidos, sino también a los diferentes, abriendo nuestra red de relaciones a aquel ámbito poroso que convenimos en denominar el ámbito público.

Con las ciudades, la vida en plazas y calles se fue convirtiendo en el principal modo de interacción social. Tanto unas como otras son respectivamente los nodos y los conectores del agregado urbano, pero también los lugares de las relaciones cara a cara, familia a familia, y los enclaves en los que la comunidad negocia su diversidad. La calle y la plaza han expuesto el pobre al rico, el lego al culto, el confiado al precavido, el optimista al pesimista y el niño al viejo. Los lugares de encuentro hacen concreta y presente la variedad y complejidad del mundo y exhiben su belleza, su sabiduría, su ocio y su laboriosidad sin ahorrarnos su desigualdad, su caos, su imperfección y su fealdad.

La escritura apareció con las ciudades y fue el primer modo no presencial de comunicación. A la escritura se han ido añadiendo otros sistemas virtuales, principalmente desde que en el siglo XIX fue posible transmitir información primero por cable y después a través del vacío. Hoy podemos ver a y hablar con cualquier persona, no importa lo lejos que se encuentre de nosotros, si ambos disponemos de un dispositivo con conexión. Entendemos, por ello, que la forma urbana ya no ha de reflejar la necesidad humana de comunicación del mismo modo que lo hacía antaño. De los cambios que ha experimentado el espacio público desde entonces y de las consecuencias actuales de dichos cambios, hablaremos en las conclusiones de este escrito. Pero para entender mejor qué es exactamente lo que la comunicación no presencial puede haber quebrado en la vida de las ciudades, tal vez conviene entender mejor cuáles, en primer lugar, fueron las funciones sociales del espacio público y cómo tomaron unas formas urbanas definidas.

1.1 Fuerzas generativas del paisaje

Durante la mayor parte de la historia de nuestra especie las comunidades humanas habitaron unos dominios delimitados por fronteras e hitos naturales y administraron territorios estructurados por senderos, caminos y cañadas. Hasta el descubrimiento de la agricultura, el rendimiento del suelo no permitió concebir asentamientos lo suficientemente densos como para producir ciudades con calles y plazas.

Nuestra hipótesis es que las fuerzas generativas de los paisajes ancestrales no fueron demasiado distintas a las que actuaron entonces y a las que todavía actúan sobre la ciudad. De acuerdo con dicha hipótesis el fenómeno urbano depende de la expresión de un conjunto de comportamientos arquitectónicos característicos de la especie humana y toma un número limitado de formas típicas moduladas por el contexto económico, cultural y tecnológico.

1.2 Urbanismo regulado y consumado

El urbanismo, por motivos que básicamente se podrían resumir en su escaso interés por el estudio del comportamiento animal y humano, ha evitado considerar nuestra especie como una de las muchas que transforma el paisaje de acuerdo con su propia naturaleza, y se ha centrado básicamente en un problema muy concreto: la forma urbana moderna, esto es, la correspondiente al periodo de crecimiento explosivo en el que la población de las ciudades se multiplicó por 100 en apenas 200 años¹. El urbanismo que se estudia en las escuelas de arquitectura responde sobre todo a la experiencia normativa y de planeamiento acumulada durante dicho episodio anómalo e irrepetible, dejando normalmente al margen los procesos no regulados. Pero lo cierto es que la mayor parte de las ciudades del mundo evoluciona todavía al margen de plan urbanístico alguno. El 85% del suelo urbano sigue sustrayéndose a leyes escritas y responde a un fenómeno que, pese a su forma bien reconocible, los urbanistas denominan “ciudad informal”. (ASQUITH, L; VELLINGA, M. 2006)

2. Los tres modos del urbanismo

Cuando la forma urbana depende de las decisiones de unas pocas personas, expertos o no, se va a correr el riesgo subestimar —y no dar correcta cabida— a una buena parte de los intereses individuales de sus habitantes. Cuando, por el contrario, dicha forma surge básicamente de la colisión de todos los intereses individuales, será difícil conseguir atender adecuadamente al bien común. Entre ambos polos podríamos establecer la siguiente gradación:

2.1. Urbanismo orgánico

Cuando el poder está atomizado o los estamentos jerárquicos son débiles o incapaces de ejercer un control efectivo sobre la iniciativa individual, la forma urbana tiende a ser el resultado de la interacción directa entre los habitantes de acuerdo con sus posibilidades. La comunidad tiende a resolver los conflictos que plantea la forma urbana alcanzando mayorías, haciendo valer determinados círculos de influencia, siguiendo un costumario aceptado, sellando alianzas y acordando compensaciones para las partes perjudicadas. En situaciones desahogadas económicamente y sostenidas en el tiempo, pueden aparecer incluso escenarios de cooperación y operaciones que van más allá de la escala de la propiedad privada. El urbanismo orgánico es el equilibrio precario que encontramos en la ciudad informal, pero también y a la larga es el urbanismo equilibrado y con cualidades altamente pintorescas que encontramos en los cascos antiguos y en la ciudad vernácula.

2.2 Urbanismo oligárquico

Cuando los habitantes se ponen al servicio de una élite extractiva, independientemente de si lo hacen de grado, exhortados por razón de fe u obligados por la fuerza, las formas del urbanismo tienden a favorecer el control de la mayoría por parte de la minoría. El urbanismo oligárquico puede parecer exclusivo de imperios remotos y arcaicos, desde Asiria hasta Egipto y desde Tenochtitlán hasta Harappa, pero es también el sello de las potencias coloniales modernas, así como el de las grandes corporaciones y entidades financieras contemporáneas. El urbanismo oligárquico suele tomar formas regulares, homogéneas y monótonas para los usos del pueblo, y monumentales e icónicas para las funciones de representación de la élite. En un mundo en el que el 1% de la población ya posee tanta riqueza como el 85% restante, el urbanismo oligárquico va ganando terreno. (OXFAM, 2017).

2.3 Urbanismo delegado

Cuando los habitantes logran organizarse a través de estamentos representativos de sus intereses e ideología, la forma urbana se ciñe a unas normas aceptadas cuyo objetivo es satisfacer a la comunidad sin perjuicio del individuo. El urbanismo delegado es el más frecuente en la actualidad en los países desarrollados y es también el que principalmente se estudia en las escuelas de arquitectura. Los representantes del pueblo proponen unas políticas urbanas que unos técnicos habrán de desarrollar y encajar en un marco normativo perfectible. Dicho urbanismo acostumbra a dar mayor relieve a las demandas de la comunidad que a las del individuo. Sus limitaciones más evidentes son, por una parte, que el planeamiento a menudo se supedita a intereses económicos y lobbies de poder y, por otra, que suele carecer de detalle, es decir, que pierde parte de la riqueza y la complejidad que se deriva de la negociación directa entre los ciudadanos.

Las iniciativas encaminadas a dotar al urbanismo delegado del detalle y complejidad suficientes arrojan, de momento, resultados desiguales. Los mecanismos participativos de empoderamiento ciudadano no parecen acabar de informar adecuadamente a los representantes del pueblo y de articularse de manera efectiva con la labor de los técnicos. Tal vez la vía delegada más eficaz fuera la de llevar a la práctica la idea de un urbanismo orgánico “asistido” en línea con las propuestas de Christopher Alexander. (ALEXANDER, Ch. 2016)

2.4 Formas puras

En la realidad apenas existe uno u otro tipo de urbanismo en sus formas más puras. Un mismo casco antiguo como el de Sevilla puede contener, por ejemplo, una estructura orgánica de origen islámico (Barrio de Sta. Cruz), un centro monumental oligárquico (Los Reales Alcázares y la Catedral) y actuaciones de reforma urbana sujetas a un planeamiento más o menos delegado (Metropol Parasol).

Aunque las calles y plazas promovidas por la oligarquía no sean las mismas que las derivadas de un planeamiento delegado más o menos bien intencionado y pretendidamente inclusivo, ni tampoco que las aparecidas a través de un proceso aquilatado por el paso de las generaciones de naturaleza orgánica, está claro que tanto unas como otras habrán de resolver la movilidad de personas, bienes y servicios, y convertirse en el adecuado escenario de las relaciones entre los vecinos y de los ciudadanos en su conjunto. Calles y plazas serán la manera de acceder a la propia vivienda y la de ir de un sitio a otro. Serán el escenario del mercado, el del comercio, el de la socialización y el del reconocimiento. Serán, asimismo, el contexto para exhibir el poder de unos pocos o la identidad de la colectividad, es decir, los lugares donde la comunidad manifestará unas veces su sumisión al poder y otras una sincronización espontánea.

3. El espacio público del urbanismo orgánico

3.1. Baja densidad

Las agrupaciones orgánicas de menor densidad son probablemente las formas más primitivas del urbanismo. Carecen de calles y plazas y están formadas por un mero parcheado de edificaciones relativamente próximas entre sí. El espacio urbano es un conjunto de construcciones incapaces todavía de definir ámbitos, límites o recintos con claridad. El urbanismo del que hoy se considera el primer antecedente agrario de la historia —la cultura pre-Natufiense, en la desembocadura del mar de Galilea; 20.000AC)— responde a dicho patrón parcheado, que también se puede observar actualmente en el hábitat de cazadores-recolectores africanos, amazónicos e indonesios, y que es corriente asimismo en poblaciones modernas situadas en contextos semi-despoblados. (MAHER, L.A. et Al 2012)

La disposición salpicada o en racimo de dichas agrupaciones recuerda a la de los de nidos de las diferentes especies vivas de homínidos. (HERNÁNDEZ-AGUILAR, R.A. 2009) La bio-arqueología ha comenzado a estudiar dichas semejanzas comparando los yacimientos humanos con evidencias de asentamientos de chimpancés, bonobos, y gorilas de hasta 5.000 años de antigüedad. Tanto en el urbanismo de baja densidad como en los asentamientos de los grandes simios, los cruces de determinados itinerarios habituales tienden a consolidarse como lugares prevalentes para la interacción y la socialización.

La semejanza entre el comportamiento territorial de los humanos y el de los grandes simios nos ayuda a entender que hayamos sido capaces de compatibilizar nuestra capacidad para desplegar una violencia territorial extrema con el desarrollo de las estrechas relaciones afiliativas intergrupales necesarias para la cooperación a gran escala. (MORRISON et Al 2020) Así, cuando los primeros asentamientos urbanos empezaron a crecer, la defensa frente a comunidades enemigas o competidoras o sencillamente la protección ante un medio ambiente particularmente severo u hostil estimularon nuestra singular capacidad para la coordinación de esfuerzos, resultando en la aparición de los primeros recintos amurallados. Unas veces dichos recintos surgieron de adherirse unas construcciones a otras y otras estuvieron defendidos por murallas construida exprefeso. La muralla más antigua que conocemos, —Tell el-Sultán, núcleo primitivo de la ciudad de Jericó— supera los 10.000 años de antigüedad y se cree que apareció con posterioridad a la propia ciudad.

Los poblados de algunas tribus de cazadores y recolectores del Amazonas, como los Yanomami, construyen un único cobijo comunal en forma de anillo —shabono—, que separa un confortable claro interior del entorno selvático hostil. Los poblados de las culturas prerromanas del occidente europeo, los puestos de colonización avanzados de los grandes imperios o, en definitiva, las incontables ciudades amuralladas de la antigüedad son evidencia de la competencia por el control territorial en un contexto de incremento de la densidad de población. En las ciudades amuralladas y, como explicaremos más adelante, el espacio público aparece bien como lugar seguro de encuentro o bien como un lugar de intercambio protegido.

3.2. Media Densidad

En asentamientos orgánicos de media densidad, las edificaciones empiezan a aproximarse y a adherirse. El espacio libre entre ellas se constriñe y desaparece, dejando paso meramente a los recorridos. La calle es el resultado arquetípico de este escenario de contigüidad.

En situaciones de suficiente densidad poblacional el urbanismo orgánico suele producir calles con una anchura no uniforme y con un trazado irregular o serpenteante derivados de los forcejeos territoriales entre vecinos y de los conflictos de intereses revelados durante en su crecimiento y evolución. Dichas dinámicas no propician por si solas las condiciones para la aparición de espacios de comunicación privilegiados como las plazas. Para su emergencia será necesario alcanzar un nivel de coordinación de esfuerzos semejante o superior al que hace falta para erigir una muralla.

Las calles orgánicas no nos llevan a algún sitio en particular. Pueden carecer de salida mientras den acceso a los vecinos. Su itinerario sinuoso suele responder, no obstante, al interés coincidente de sus moradores de conectar con alguna vía principal, de beneficiarse de un itinerario preexistente en el paisaje o de conducir a una puerta de la ciudad amurallada, a una plaza o a un determinado hito.

3.3 Alta densidad

Alcanzada una alta densidad de población, las calles del urbanismo orgánico drenan un cuerpo edificado compacto. Los edificios se adhieren entre sí como las células de un tejido del cual las calles son el sistema circulatorio. El tell de Erbil, habitado permanentemente desde hace al menos 8000 años, posee un sistema

de calles ramificadas semejante a un árbol que converge en un tronco principal en la puerta de la ciudadela. El casco antiguo aparece hoy día sobre una meseta elevada unos 30 metros sobre el nivel de la llanura circundante. Esto es así porque la ciudad fue ganando poco a poco altura mientras se reconstruía sobre los restos de adobe de las construcciones precedentes. Un tell es, en realidad, una montaña artificial subproducto de la reconstrucción permanente de la ciudad. En el extremo de las calles ramificadas encontramos una serie de calles secundarias que forman un anillo perimetral por el que se puede acceder a las viviendas que cierran su recinto defensivo. Antes de que se acometiera un desacertado plan de desventramiento que en la década de los años 70 deterioró su milenario tejido urbano, el Tell de Erbil no contuvo plaza alguna, realizándose las actividades del mercado fuera del recinto, al pie de la meseta.

Las calles del urbanismo orgánico tienden a la mínima sección en relación con su flujo y se adaptan con economía al relieve, haciéndose más paralelas a las líneas de nivel cuando aumenta la pendiente. Si no hay un motivo de peso, como un interés económico o defensivo común que lo justifiquen, la codicia por el suelo privado suele prevalecer sobre la previsión de un espacio urbano de uso común. La aparición o no del espacio público puede depender, asimismo, del nivel de autoconciencia alcanzado por cada comunidad.

3.4 Situación actual

Actualmente los cascos urbanos amurallados o encaramados en los riscos ya no son atacados. El miedo que llevó a nuestros antepasados a vivir en lugares inexpugnables se ha desvanecido en gran parte. Lo sustituyen miedos contemporáneos de los que no podemos escapar subiendo al monte. La invención del automóvil y de otros medios de transporte, así como el desarrollo de las telecomunicaciones y de las redes permiten, además, desarrollar nuestras vidas tanto física como virtualmente en un radio de acción mucho mayor que antaño. La alta densidad sigue siendo una ventaja para la animación de la vida urbana, pero ahora podemos disfrutar de la congestión sin vivir inmersos permanentemente en ella. Por unos y otros motivos, muchos núcleos urbanos orgánicos se han ido vaciando durante las últimas décadas. Sus calles estrechas y tortuosas se adaptan mal al automóvil. La pendiente disuade a una parte de la población. Su congestión hace que la luz y el aire no bañen todos sus rincones. Pese a todo conservan su atractivo y algunos han sabido retener la vida en la cota cero, convirtiéndose en downtowns comerciales de éxito. El maravilloso centro de Amsterdam ha alcanzado tal densidad comercial que las escaleras a las plantas superiores de algunas viviendas han desaparecido en aras del aprovechamiento comercial de su superficie en las plantas bajas, dejando prácticamente sin habitantes el interior del Singel, el recinto del primitivo foso defensivo medieval y el primero de los tres canales concéntricos, que como los mosqueteros, son en realidad cuatro.

4. El espacio público del urbanismo oligárquico

El urbanismo oligárquico sirve desde antiguo a las élites económicas, militares y religiosas. Dicho urbanismo abandona la vascularidad negociada palmo a palmo sobre el terreno y prefiere las tramas paralelas y perpendiculares trazadas en un plano con precisión geométrica; un diseño abstracto que distingue a la ciudad de la naturaleza sobre la cual se despliega y le confiere un carácter abstracto.

Hablamos ahora de la ciudad de manzanas regulares, de calles rectilíneas, de avenidas holgadas, simétricas y grandes plazas rematadas por hitos monumentales. La ciudad que coronó a los imperios de la antigüedad, a las grandes cortes europeas y a las naciones dominantes del presente; aquella que se desarrolló durante la ilustración y durante el periodo colonial hasta el punto de abrir delegaciones por el nuevo mundo. La ciudad de la nobleza, de la burguesía y del obediente proletariado; aquella cuya diferencia esencial en relación a la que crece orgánicamente es la facilidad con la que la mayoría de su

población puede ser controlada por una minoría. Una ciudad estratificada en élites, servidores de dichas élites y súbditos. Una ciudad bella y monumental en la que, en definitiva, los barrios son cruzados por calles principales señoriales, tersas y con mejores perspectivas. Hablamos de Sumeria, Babilonia, Harappa, y de las colonias de Grecia y Roma; pero también del París de Haussmann y del Berlín de preguerras; de las ciudades coloniales de América y África sin dejar fuera de esta categoría planes de ensanche como los de Barcelona y Chicago, promovidos por una burguesía afluyente

La avenida y el paseo, las calles amplias, ordenadas, cadenciosas y bien compuestas, los hitos y las plazas son la imagen del poder confiado a dichas élites. Al crear nuevo espacio público, el urbanismo oligárquico puede también incluir el verdor vegetal, un verde ni productivo ni silvestre, sino que es signo de la abundancia y de grandeza sólo al alcance de la clase dominante. Ejemplos de hermosas calles y plazas del urbanismo oligárquico los podemos observar en el conjunto monumental de Chichén Itzá, en la Royal mile de Edimburgo, los crescents de Bath, o en el Ring de la Viena Imperial. Ciudades de nueva planta que responden a dicha tipología son, por ejemplo, Washington (L'Enfant) y Sant Petersburgo (Le Blond).

El urbanismo orgánico, es bueno para proteger a los ciudadanos de amenazas externas, pero malo para tenerlos controlados. El urbanismo oligárquico intervino sobre los cascos antiguos para superponer su orden aduciendo razones de salubridad y practicidad tras las que se escondían inconfesables motivos de seguridad y dominio. La policía prefiere enfrentarse a las masas en calles rectas y abiertas que en tortuosas ratoneras y en calles sin salida. Son ejemplos de ello las transformaciones de cascos orgánicos llevadas a cabo en Roma por los Papas Alejandro VI y Sixto V, el plan del barón Haussmann para trazar nuevas vías en el casco antiguo de París y los desventramientos ochocentistas de las principales ciudades españolas.

5. Carácter del urbanismo

Ahora que ya sabemos diferenciar grosso modo el aspecto general del urbanismo orgánico del oligárquico y antes de detenernos a examinar las formas del urbanismo moderno y la reciente pérdida de cualidades de su espacio público, vamos a reconocer que la gente el turismo mundial no suele visitar las ciudades contemporáneas, sino que pierde el sentido principalmente por las ciudades orgánicas y por las oligárquicas. Aquellas que, como Venecia y Florencia se cocieron a fuego lento, aquellas que, como Berlín o Nueva York, se exhiben como la cabeza de un imperio o aquellas que, como Londres, Viena o París combinan ambas características. Podríamos decir, haciendo de turistas, que esas ciudades nos atraen tan poderosamente porque son pintorescas y monumentales.

En mi tesis doctoral postulé que lo pintoresco y lo monumental son dos de los siete posibles comportamientos arquitectónicos característicos del hombre; comportamientos que, como todas las emociones, derivan de adaptaciones biológicas que evolucionaron por selección natural. (FREDIANI, A. 2016) Los otros cinco serían nuestra afinidad por determinados paisajes, nuestro instinto territorial, la emoción de lo acogedor, la de la ornamentación y la de la gracia. No es quizá momento para extenderse en dicha teoría, pero convendrá enumerar las principales conclusiones de la misma si deseamos entender mejor nuestras conclusiones en relación a la forma urbana y la necesidad del espacio público:

- 1) Que la arquitectura es un comportamiento heredado de especies precursoras.
- 2) Que una de esas especies consiguió adaptar al suelo su arquitectura arborícola gracias al control del fuego.
- 3) Que este cambio de hábitos modificó las presiones selectivas que en lo sucesivo le fueron ejercidas y, por tanto, el rumbo de su propia evolución.
- 4) Que la subsiguiente selección natural le dio a nuestro comportamiento arquitectónico su forma actual.

5) Que entre las emociones involucradas están las versiones humanas de las que compartimos con otros animales y las que son patrimonio exclusivo de la humanidad; y mientras que algunas son específicamente arquitectónicas como nuestra atracción por lo acogedor, nuestra fascinación por la monumentalidad o nuestra emoción ante lo pintoresco, otras van más allá de la arquitectura, como nuestra preferencia por determinados paisajes, la territorialidad o nuestra atracción por el ornamento.

6) Que, dicho esto, la arquitectura no es desde luego un fenómeno meramente emocional. En el animal social y consciente que somos, la arquitectura incorpora obviamente un componente cultural además de otro racional que damos por sentado. La arquitectura, en definitiva, es un fenómeno comparable al habla, es decir, una capacidad innata que se desarrolla y toma una forma concreta gracias al contexto y al adiestramiento.

Para nuestro examen del espacio público podremos prescindir de uno de los siete instintos, lo acogedor, por afectar principalmente a los espacios interiores, y daremos distinta importancia a los demás. Podemos llegar a intuir, por ejemplo, que la territorialidad esté detrás de la estructura de los barrios o de las ciudades amuralladas y podemos entrever la relación que las formas típicas de la ciudad orgánica y de la ciudad oligárquica puedan tener con lo pintoresco y lo monumental, dos importantes ingredientes del espacio público. Antes de proseguir con nuestro relato acerca de vulnerabilidad contemporánea del espacio público se hace necesario explicar un poco mejor estos dos últimos comportamientos característicos y sus figuras asociadas.

5.1. Pintoresco y Monumental

Nuestra inclinación por lo pintoresco y lo monumental pudo haber quedado retenida por la vía de la selección natural por tratarse ambas de figuras asociadas a una gestión eficiente del paisaje. Las cosas que hacemos juntos nos ayudan a sobrevivir en mejores condiciones.

Las dos modalidades básicas de la colaboración entre individuos son útiles para explicar sendos arquetipos urbanos. Cuando nos apoyamos los unos en los otros, perseguimos el beneficio propio con la ayuda de los demás, y los demás esperan que hagamos lo propio con ellos todos salimos ganando. Pero cuando interviene un poder centralizado trabajamos para líderes, rentistas y terratenientes y nuestros esfuerzos ya no se distribuyen de manera homogénea, sino que se dirigen hacia un foco concreto de manera que los más poderosos salen ganando y, sólo subsidiariamente, están interesados en la supervivencia de la comunidad. Así, la figura pintoresca es el resultado de la colaboración entre iguales, mientras que la monumental es el fruto del trabajo concentrado en determinadas metas.

5.2. Pintoresco

En lo pintoresco los esfuerzos de sincronización de la comunidad quedan, como decimos, repartidos y dispersos a lo largo y ancho del paisaje, de la ciudad o del barrio. Lo pintoresco afecta por tanto a un conjunto más o menos grande de objetos (edificios o elementos del paisaje) de diferentes propietarios. La cooperación favorece la emergencia de una continuidad formal entre dichos objetos. En cada caso los materiales y las técnicas de construcción son los más habituales. La ornamentación sirve meramente como signo de reconocimiento mutuo, por lo que tiende a ser estándar y modesta. El tamaño medio de los edificios, el pavimento de las calles, la geometría de las cubiertas, el color de las fachadas, la forma y proporción de los elementos que las componen, como ventanas, balcones, o puertas de acceso, así como su yuxtaposición ajustada al relieve producen una impresión de euritmia, es decir, forman un conjunto

armonioso y familiar en el que todavía se reconocen las diferentes manos, acentos y circunstancias individuales.

5.3. Monumental

En lo monumental los esfuerzos de sincronización de la comunidad se dirigen hacia un objeto concreto, no necesariamente útil en un sentido práctico, comandados, como decimos, por un poder centralizado.

Lo monumental afecta por tanto a un objeto relevante, ya sea una propiedad del poder (un palacio) o una propiedad que la comunidad delega en dicho poder (un templo). El monumento es más voluminoso que el edificio corriente, establece un sistema propio de semejanzas entre sus partes y el todo, diferenciado y a menudo más sofisticado que el de las construcciones circundantes. El monumento tiende a ser simétrico excepto cuando se trata, por su gran escala, de un conjunto articulado o construido por fases. La repetición y el orden jerárquico de sus elementos; los órdenes, subórdenes, series y progresiones tenderán a subrayar obsesivamente su simetría central. Los materiales y técnicas de construcción serán excepcionales, costosos y perdurables. La ornamentación no será ahora de reconocimiento mutuo, sino de exhibición de poder y de permanencia y, por tanto, cuidada y con frecuencia profusa. El monumento estará construido con el objetivo de sobrevivir a sus artífices, tenderá a coronar la ciudad o a dominar sobre el entorno; buscará perspectivas hacia sí mismo y dominará visualmente el territorio.

5.4. Capas del paisaje

Ya sea al modo orgánico, oligárquico o incluso delegado, las comunidades no descansan y van superponiendo, generación tras generación, unas capas de paisaje sobre otras. La forma de la ciudad — como decíamos — a menudo da pistas de la estructura del paisaje que la precedió. La ciudad puede negociar con algunas de estas trazas y borrar otras, cubrir torrentes, modificar la topografía, rectificar antiguos caminos, pero la diferencia fundamental con el paisaje al que sucede es la de su mayor complejidad derivada de la mayor densidad de población. Es la congestión la que obliga a incorporar nuevas vías y límites de propiedad a los primitivos o, tal vez a reorganizarlos. Las calles de la ciudad, además de llevarnos de un sitio a otro, se convierten merced a dicha densidad en el escenario de las relaciones sociales. Las plazas serán, en este sentido, un emplazamiento especialmente cualificado para dichas relaciones, el escenario privilegiado para exhibir y visualizar el funcionamiento del organismo social ante propios y extraños.

5.5. La cota cero

El incremento en la densidad no sólo se reflejará en un aumento de la complejidad del paisaje vista en planta, sino también en un aumento de dicha complejidad vista en sección. Si la ciudad creciera en tamaño, pero no superara la altura de planta baja, sus calles y plazas difícilmente llegarían a concentrar la actividad requerida para el encuentro y el intercambio. Al añadirse nuevas alturas sobre la planta baja la cosa cambia. El nuevo paisaje mantiene la función pública siempre adherida al relieve, pero aleja selectivamente la vivienda del suelo. Lo que ocurre en las calles y las plazas es muy difícil de separar de “la cota cero”. Es cierto que en situaciones de densidad extrema el espacio público puede llegar a desdoblarse en altura. Pero incluso en dichos casos la planta baja sigue certificando de lejos la mayor densidad de intercambio de bienes, servicios e información.

Uno de los experimentos del urbanismo moderno fue precisamente el de plantear plazas y calles elevadas. Lo cierto es que, aunque en algunas ocasiones se consiguiera incluso garantizar una continuidad fluida entre la cota cero y las plataformas, los espacios públicos resultantes han acabado siendo, salvo raras excepciones, sonados fracasos.

Cargados con todo este bagaje basado en el análisis diacrónico del comportamiento arquitectónico y urbano del hombre, es hora de fijar la información y acercar más la lupa a la dinámica pública de calles y plazas.

5.6. Superposición de pintoresco y monumental

En su *De Re Aedificatoria* el arquitecto renacentista Leon Battista Alberti recomienda que las calles que acceden a una ciudad poderosa y noble sean “anchas y rectas”, y que las que acceden a ciudades pequeñas sean sinuosas. (ALBERTI, L.B. 1955 (1452)) Christian Norberg-Schulz, ya avanzado el siglo XX, simpatiza con “el bullicio y la larga historia” de las calles serpenteantes e irregulares del pasado. (NORBERG-SCHULZ, C. 1971) De acuerdo con nuestro punto de vista no puede ser de otra manera, pues la forma irregular de la calle es producto del pulso de la ciudad a través de las generaciones; el de los conflictos y los acuerdos entre los individuos y la comunidad, y el de la viveza de la civilidad, mientras que las calles anchas y rectas son la imagen del poder gobernando y controlando con firmeza dicho pálpito.

El teórico vienés del urbanismo Camilo Sitte ya utilizaba a finales del siglo XIX la terminología que de la que nos hemos apropiado en nuestra propia clasificación cuando afirmaba que “la calle sinuosa es pintoresca, mientras que la recta es monumental”. (SITTE, C. 1901) Donde Norberg-Schulz y Alberti nos hablan de la relación entre forma y función, Sitte nos habla de la relación entre forma y emoción.

¿Es posible que comportamientos con efectos estéticos contrapuestos como los pintorescos y monumentales coexistan en un mismo espacio público? De acuerdo con lo que acabamos de decir, dichos espacios ambivalentes deberían de reunir en un solo objeto el “poder y nobleza” monumentales y el “bullicio y la larga historia” pintorescos.

Oxford St. es una calle casi rectilínea que creció sobre el antiguo camino que llevaba desde Londres hacia la más decana de entre las universidades de lengua inglesa. Su trazado se esfuerza por mantener unas alineaciones estrictas y su arquitectura refleja el poder de la primera metrópolis europea, pero su fisonomía ligeramente irregular y vibrante refleja al mismo tiempo el paso de las generaciones, los cambios de estilo y las fluctuantes relaciones entre vecinos. Oxford St. es una calle pintoresca que mantiene un porte monumental.

6. El espacio público moderno

En su libro *La Cité Radieuse* Le Corbusier denuncia que “nuestras calles ya no funcionan. Las calles son un concepto obsoleto. No tendría que haber calles. Hemos de crear algo que las reemplace”. (Le CORBUSIER, 1967) Le Corbusier pretende sustituir un arquetipo que, como hemos visto, ha evolucionado durante varios milenios y que ha logrado adaptarse a las más variadas circunstancias con relativo éxito, por un nuevo tipo de su propia creación que pretende combinar el anhelo abstracto y monumental del oligarca, con la primitiva disposición parcheada ya practicada por chimpancés y Pre-natufienses.

En el urbanismo de bloques los edificios se separan entre sí y se agigantan para no perder densidad. Su separación permite —como sucedía en el urbanismo de baja densidad— que el paisaje les rodee y se pierda la identidad que permitió definir la calle. Así los recorridos también pierden su vínculo con los edificios. Es más, la idea es segregar los recorridos de peatones y de vehículos y realizar sus cruces a distinto nivel, perdiendo también la continuidad con la cota cero y arriesgando su eficacia como lugares privilegiados de encuentro. Le Corbusier pretende que los espacios de relación se desplacen a las cubiertas de las edificaciones. Pero a las cubiertas, o se va con la intención expresa de citarse, o no hay encuentro

posible. La escala monumental y el aislamiento de cada bloque de vivienda colectiva obliga a los individuos a compartir “su árbol” con multitud de desconocidos.

En el mismo momento que Le Corbusier hizo su propuesta-denuncia, Hegemann y Peets realizaron también una crítica a la ciudad acelerada que emergía con la industrialización al afirmar que el gran problema de la arquitectura de la calle era “la dificultad para combinar la gran individualidad a la que obligan los diferentes gustos y necesidades prácticas de los propietarios, con la necesaria armonía e incluso unidad, sin las cuales deviene un desagradable batiburrillo de afirmaciones contradictorias”. (HEGEMANN, W. y PEETS, E. 1022)

Ambas citas pueden llegar a entenderse como reacciones opuestas ante la pérdida de cualidades monumentales y pintorescas que empezaron a hacerse evidentes cuando la mecanización de la construcción coincidió con el desplazamiento masivo de la población rural hacia las ciudades, con la aceleración sin precedentes de su crecimiento a la que nos referíamos al inicio del texto.

Le Corbusier puso el acento en las características que hacían que toda la ciudad se comportara como un monumento conmemorativo. A falta de la condición del ornamento, la Cité Radieuse es un objeto grande, perfectamente simétrico, fabricado con una técnica excepcional; una figura cerrada que domina el entorno y que se puede admirar desde los alrededores.

Hegemann y Peets, por su lado, advirtieron los primeros síntomas de la pérdida de propiedades del espacio público llamando la atención, en concreto, acerca la ausencia de cualidades pintorescas de una nueva ciudad inevitablemente heterogénea, individualista y desincronizada que se crecía como una mancha de aceite y sin decantación alguna sobre el territorio.

Cuarenta años más tarde, y a la vista del planeamiento ejecutado por toda una generación de urbanistas modernos, la pareja de arquitectos británicos Alison y Peter Smithson, Aldo Van Eyck y algunos de sus compañeros del Team X, trataron de rehabilitar de nuevo la calle, ese concepto “obsoleto” para la modernidad en opinión de Le Corbusier. El colectivo era consciente de las limitaciones de urbanismo moderno para acoger y formalizar las expresiones de la sociedad. (SMITHSON A. y SMITHSON P. 1967)

La activista y urbanista canadiense Jane Jacobs, muy crítica con el urbanismo “sin alma” de los años cincuenta en Estados Unidos, fue otra defensora de la regeneración urbana. Según Jacobs, la calle es un dispositivo capaz por sí sólo de regular la paz social, pues es la formalización de una trama de intereses voluntarios. (JACOBS J. 1961) Varios autores, entre ellos Amos Rapoport y Herbert Gans, criticaron el determinismo que destila la idea de un espacio urbano presuntamente capaz de moldear el carácter a través de su forma. Adujeron, por contra, que son los habitantes los que influyen en el carácter del espacio público. (RAPPOPORT A. 1969) (GANS H. 1968)

En realidad, lo más prudente sería afirmar que ambas influencias se retroalimentan recursivamente —el comportamiento está influido por la forma, y la forma por el comportamiento— fracasando el espacio público ahí donde en algún momento se rompe el vínculo. En el espacio público pueden “pasar cosas” cuando su forma pone las mínimas condiciones para que así sea. Pero pasan “más veces” y pasan “mejor”, cuando éste conecta con las emociones en escenarios de densidad y de variedad de oportunidades. Así, por ejemplo, no nos ha de extrañar que los espacios públicos ganen en su capacidad para la vida social si pierden su condición de vías rodadas.

7. La plaza, espacio público focal

Leon Battista Alberti reconoce la especial importancia de las plazas para acontecimientos que involucran a todo el tejido social. La plaza es tan buen lugar para organizar la defensa de la ciudad como para la celebración de juegos. Pero si hay una actividad cotidiana que hace de ella foco permanente de la ciudad ésta es para el arquitecto renacentista la celebración del mercado. (ALBERTI L.B. Op. Cit.) Cliff Moughtin,

en su imprescindible ensayo sobre el espacio público *Urban Design, Street and Square* añade a estas funciones otras tres categorías igual de heterogéneas: la plaza es un lugar privilegiado de cruce, es lugar preferente para el emplazamiento de un edificio cívico y es el lugar por antonomasia de reconocimiento e identificación de la comunidad. (MOUGHTIN C. 2003)

Para que el cruce llegue a convertirse en plaza (place) habrá de existir un motivo para detenerse en él. Las razones, como vemos, pueden ser variadas. De todas estas funciones la de aprovisionamiento en tiempo de guerra es la que afortunadamente parece haber caído en el olvido. El recuerdo de dicha función permanece, no obstante, en la nomenclatura de numerosas plazas de ciudades de origen colonial todavía denominadas “de armas”.

Las plazas son todavía escenario deportivo. En el pasado los “ejercicios propios de los jóvenes” que cita Alberti eran frecuentes no sólo en las plazas que llegó a conocer (Juegos ecuestres —Palio—, juegos de pelota —Calcio— y Pugna en Siena, Florencia y otros comunes de la Toscana) sino también en plazas de culturas tan distantes como la Maya (Juego de pelota mesoamericano en Tikal). En época romana y griega algunos de dichos espectáculos ya dispusieron de espacios diferenciados, como el circo o el anfiteatro. En la actualidad la mayor parte de dichas actividades ha migrado a instalaciones específicas como arenas, estadios, circuitos y pabellones. No obstante, en determinadas plazas persisten tradiciones como concursos de torres humanas (Castells), persecuciones (Tomatadas), carreras de caballos (el propio Palio) o juegos de pelota (Calcio Storico).

Lo mismo ha ocurrido con la función de mercado, que pese a contar hoy con multitud de locales específicos para su desarrollo no ha dejado nunca de recalar en las plazas, principalmente para la venta de mercancías frescas de la comarca y para ubicar la oferta de los mercaderes ambulantes. En la edad media algunas ciudades llegaron incluso a disponer de un espacio para cada producto, es el caso de la ciudad catalana de Valls, en cuyo casco antiguo encontramos las plazas del trigo, del aceite, de las algarrobas, de las ollas y de la madera.

A parte de la presencia del mercado, el otro gran motivo para encontrarse en un cruce y convertirlo en plaza es el reconocimiento o identificación de la comunidad. Los oligarcas pueden reunir a la comunidad en la plaza con pretextos cósmicos e intangibles como la religión, la patria o la ley. En estos casos es probable la presencia de un edificio cívico de referencia, pero, con o sin él, la plaza se adapta a la exhibición del poder habiendo sido antaño escenario de actos de fe, de ejecuciones y siéndolo aún de demostraciones de unidad de las masas frente a sus líderes. Los deportistas, como decimos, realizan hoy sus ejercicios en el estadio, pero “regresan” a la plaza cuando se trata de ofrecer ritualmente la conquista de un trofeo a los aficionados.

Descendiendo del plano oligárquico al orgánico, la comunidad también desarrolla en la plaza sus labores más cotidianas de identificación, de discusión, de reconocimiento mutuo y de celebración. En la antigua Grecia la plaza recibió por todo lo anterior el nombre de ágora, y en Roma la denominación no exactamente equivalente de forum. La plaza es, así, el espacio de sincronización de la tribu: el del debido respeto, el del debate leal de ideas, el de las alianzas, el de las fiestas y el de las conmemoraciones que garantizan la continuidad de la identidad del común, generación tras generación.

7.1 La aparición de las plazas

En procesos típicamente orgánicos la plaza suele aparecer cuando se necesita un espacio para el mercado y se supera un determinado diámetro de ciudad. En pueblos pequeños las funciones comerciales de la plaza pueden realizarse fuera de su perímetro. Si los habitantes son agricultores es más fácil que los intercambios se hagan extra-portas y no se echa en falta la plaza. Si predominan los artesanos la plaza puede más fácilmente migrar al interior del casco urbano. Si los intercambios con el exterior son intensos

pero el entorno es agresivo o peligroso, también puede ser preferible que la plaza del mercado entre en la ciudad.

Para que aparezcan plazas foro, en cambio, las actividades de la comunidad han de estructurarse a un nivel superior y eso raramente ocurre de manera espontánea, siendo por lo general el fruto madurado generación tras generación de unas relaciones de poder duraderas y bien articuladas en un contexto económicamente desahogado. En procesos oligárquicos las plazas-foro aparecen con facilidad junto a los centros de decisión, frente a palacios, ayuntamientos, templos religiosos y sedes gubernativas.

8. Pérdida de cualidades

Una nueva función contemporánea de la plaza, aunque prosaica, —y que va en la línea de la pérdida de propiedades que aquí advertimos— es la del estacionamiento de vehículos. En un tiempo en el que algunas de las anteriores funciones se han desplazado de la plaza pública a espacios expresamente concebidos, de éstos a la televisión, y de la televisión a las redes sociales, el espacio privilegiado para el encuentro de la comunidad está dejando, excepto en los grandes momentos, de ser un lugar físico. Algunas de las plazas retienen pese a todo sus propiedades como privilegiados espacios urbanos de relación y de intercambio.

En la situación presente se añaden otros factores que contribuyen, como ya adelantamos, a la pérdida de propiedades del espacio público y que tienen que ver, por un lado, con el desplazamiento de la comunicación de la presencialidad a la virtualidad y, por otro, con el incremento del control del poder económico sobre procesos de crecimiento y de reconstrucción urbanos cada vez de mayor escala.

8.1 Relaciones virtuales vs relaciones presenciales

Las redes no nos ofrecen una imagen equilibrada de la realidad puesto que tienden a darnos aquello que nos gusta, a conectarnos con gente que piensa igual, que tiene un nivel de vida parecido y unas preocupaciones semejantes a las nuestras. La red no expone el pobre al rico, el lego al culto, el confiado al precavido, el optimista al pesimista y el niño al viejo. Ni pone de manifiesto toda la desigualdad, el caos, la imperfección y la fealdad del mundo, sino que tiende a ocultarlos tras una atractiva pantalla.

Las redes, es cierto, favorecen la organización de los colectivos en defensa de sus intereses, pero también favorecen el control de la información por parte de una minoría. A través de las redes tendemos a ofrecer una imagen de nosotros mismos mejorada y maquillada. La vulgaridad y lo corriente, es, por fortuna, una de las cualidades que hacen de la vida diaria algo espontáneo, natural y llevadero. Pero la vulgaridad no es atractiva en la red, y las redes se deshacen de ella hasta el punto de que el talento o las buenas ideas, si no van acompañadas de una presentación deslumbrante, quedan relegadas a segundo plano.

Ya no hemos de identificarnos con nuestros conciudadanos sino básicamente con los que piensan como nosotros. Por muy extravagantes que seamos encontraremos incontables individuos afines que nos evitarán tener que hacer el esfuerzo de contrastar nuestras propias ideas con ideas diferentes, o nuestra posición social y nivel económico con el de gente más o menos afortunada y, en definitiva, nuestros propios problemas con los de los demás. Ante cualquier asunto de interés común no estaremos forzados a llegar a acuerdos con gente concreta y presente como nuestros vecinos y nuestros conciudadanos.

La red nos ofrece un marco inmaterial para una parte sustancial de la comunicación que desarrollábamos en los espacios públicos. Así, podemos hasta cierto punto evitar la calle y la plaza cuando nos expone a contactos no requeridos, aunque tendamos a ocuparla cuando nos invita a celebrar o a identificarnos con la comunidad. La calle y la plaza conservan dos características de las que carece la red: exigen que nos responsabilicemos de las consecuencias de nuestros propios actos y a cambio nos brindan la libertad de

acción que se desprende de que dichos actos no queden incorporados a procesos automatizados sino tan sólo registrados en la memoria de nuestros interlocutores.

En este contexto y, si como parece, estamos en disposición de elegir una alternativa más cómoda y atractiva para nuestra interacción social, algunas de las funciones del espacio público se mantienen, pero otras decaen cuando devienen incómodas, inconvenientes o sencillamente responsables.

8.2 Desigualdad (coda)

La ciudad siempre la construyeron los que podían. En la ciudad orgánica todos participaban en el proceso. En la oligárquica la mayoría esperaba el retorno de la élite a sus servicios y en la era digital hemos renunciado a dicho retorno a cambio de un marco de relaciones tan atractivo y cómodo como irreal. Antes construíamos la ciudad a base de resolver diferencias y de sellar alianzas en la plaza pública.

Ahora la promueven mayormente entidades financieras, grandes corporaciones, entes especulativos y los propios ayuntamientos, que a menudo han perdido toda conexión con la propia ciudad. La urbe guiada por estos nuevos actores va reduciendo su nivel de complejidad, sus paradojas y sus contradicciones a una velocidad sorprendente. El urbanismo contemporáneo maneja piezas cada vez más grandes e impersonales y no resuelve conflictos, porque puede permitirse evitarlos. En un entorno en el que la comunicación está cada vez más monitorizada y condicionada precisamente por dichos poderes, el espacio público entra en una nueva fase de desarrollo de pronóstico y de consecuencias desconocidas.

9. Bibliografía

Asquith, L. y Vellinga, M. 2006. *Vernacular Architecture in the Twenty-First Century: Theory, Education and Practice*. London y New York: Taylor & Francis.

Alexander, C. 2016 (1965). *A City is Not a Tree: 50th Anniversary Edition*. Portland: Sustasis Foundation Press.

Hernandez-Aguilar, R.A. (2009). Chimpanzee nest distribution and site reuse in a dry habitat: implications for early hominin ranging. *Journal of Human Evolution*, 57, 350-364.

Maher, L. A., Richter, T., Macdonald, D., Jones, M. D., Martin, L. y Stock, J. T. et al. (2012). Twenty Thousand-Year-Old Huts at a Hunter-Gatherer Settlement in Eastern Jordan. *PLoS ONE* 7(2): e31447. doi:10.1371/journal.pone.0031447

Morrison et Al. (2020) Western Gorilla space use suggests territoriality. *Nature Research* 10.3692

Düring, B. y Marciniak, A. (2006). Households and communities in the central Anatolian Neolithic. *Archaeological Dialogues*, 12 (2), (165–187). Cambridge: Cambridge University Press.

Frediani, A. (2016). Códigos desplazables: hacia una estética evolutiva de la arquitectura. Tesis doctoral. Universitat Politècnica de Catalunya. Barcelona. <http://www.tesisenred.net/handle/10803/384330>

Alberti, L. B. 1955. Capítulo 1. Book VIII. *Ten Books of Architecture*. (162). London: Tiranti.

Norberg-Schulz, C. 1971. *Existence, Space and Architecture*. London: Studio Vista.

Sitte, C. 1901. *Der Stadte-Bau*. Wien: Carl Graeser and Co.

Lynch, K. A. 1981. *A Theory of Good City Form*. Cambridge Massachussets: MIT Press.

Le Corbusier. 1967. *The Radiant City* (121 y 123). London: Faber & Faber.

Hegemann, W. y Peets, E. 1922. *The American Vitruvius: An Architect's Handbook of Civic Art*. New York: The Architectural Book Publishing.

Smithson, A. y Smithson, P. 1967. *Urban Structuring*. London: Studio Vista.

Jacobs, J. 1961. *The Death and Life of Great American Cities* (39). New York: Random House.

Rapoport, A. 1969: *House Form and Culture*. New Jersey: Prentice-Hall, Englewood Cliffs. 1977: *Human Aspects of Urban Form: Towards a Man Environment Approach to Urban Form and Design*. New York: Pergamon Press.

Gans, H. 1968. *People and Plans* (19). New York: Basic Books.

Alberti, L. B. 1955. *Ten Books of Architecture*. London: Tiranti.

Moughtin, C. 2003. *Urban Design: Street & Square*. Oxford: Architectural Press.

Armesto Aira, A. (2010). Entre dos intemperies. Apuntes sobre las relaciones entre el foro y el mercado. *Revista PPA, proyecto, progreso y arquitectura*. Universidad de Sevilla (Sevilla), 2, 14-23.

9.1 Fuentes electrónicas

Oxfam Annual Report. April 2017 – March 2018. https://www-cdn.oxfam.org/s3fs-public/file_attachments/story/oxfam_annual_report_2017-2018_final_2.pdf (Consulta: 11/05/2020).

10. Agradecimientos

La investigación de esta ponencia se ha financiado mediante el Ministerio Español de Ciencia, Innovación y Universidades a través de su proyecto de investigación CHORA (CSO2017-82411-P) y AEI/FEDER, UE y por el Departamento de Investigación y Universidades del Gobierno Catalán por medio del grupo 2017SGR22.

¹ La población urbana en 1800 era de aproximadamente de unos 30 o 35 millones de habitantes. Doscientos veinte años más tarde está alcanzando los 4.000 millones.